

si terminasen prontamente sus males. No creo sin embargo, que tal suceda. Mi opinion es que vivirá un año mas, es decir, su cuerpo, porque su razon ántes tiene que desaparecer por completo. Padece de escrófulas, que le irán invalidando miembro tras miembro: ya está sordo, en breve será un pedazo de carne pútrida. Si fuese permitido sustituir la mano de la ciencia á la mano de Dios, diria que en conciencia debia matarse esta pobre criatura que no es hombre ni bestia, ni tiene otra cosa que esperar de la vida sino dolores y tormentos.

—¡Pobre, infeliz criatura! exclamó el marqués suspirando. Gracias doy á Dios que ahorró á mi hermana el dolor de ver á su hijo en semejante estado.

—Doctor Naudin, dijo entónces Toulan con solemnidad. ¿Estais firmemente convencido que el enfermo no recobrará la salud?

—Tal es mi firme conviccion. Casi no se necesita ser médico para predecir su muerte.

—Sois de parecer que este niño no tiene nada que perder en la vida y sí mucho que ganar en la muerte?

—Ya lo he dicho. Al paso que la muerte sería una bendiccion, la vida no sería mas que una carga para él y para los demas.

—Entónces, exclamó el supuesto Sannier con la solemnidad de ántes, voy á dar á este pobre muchacho enfermo mision mas elevada y justa. Haré que su vida aproveche á otros y que su muerte sea un holocausto. Marqués de Jarjayes, en nombre del rey Luis XVI, en el de la santa mártir Maria Antonieta, á la cual hemos jurado fidelidad hasta la muerte, os demando y deseo me entregéis esa desventurada criatura y pongais su vida en mis manos. En nombre de Maria Antonieta exijo del señor marqués de Jarjayes me entregue el hijo de su hermana, para que haga lo que cada uno de nosotros está preparado á hacer con gusto, si así lo exige nuestra sagrada causa, que dé su vida por su rey, Luis XVII, ahora preso.

Miéntras Toulan decia estas palabras con la vehemencia de su carácter, Jarjayes, estuvo arrodillado junto á la cama del enfermo habiendo ocultado la cara en las manos, como en ferviente oracion.

—Me habeis hablado en nombre de la reina Maria Antonieta; dijo levantándose despues de una breve pausa y poniendo la mano derecha en la frente abrasada del enfermo. Me pedis, á mí que soy su tutor, esta pobre criatura, á fin de que dé su vida por su rey, si es necesario. Los hijos de mi casa siempre han estado listos para dar con gusto sus bienes, su felicidad y su vida en servicio de sus reyes, y hablo meramente en espíritu de mi hermana, que subió al cadalso para sellar con su sangre su fidelidad á la familia real, hablo en el espíritu de mis antepasados cuando os digo en contestacion, —ahí teneis el último vástago de la baronesa de Tardiff, ahí teneis al hijo de mi difunta hermana, tomadle, y que viva ó muera por su rey Luis XVII, preso en el Temple.

CAPITULO XXVII.

LA CONSULTA.

Durante la noche que se siguió á la segunda vista del doctor Naudin á Juana Maria, esta tuvo una larga conversacion con su marido. Al

principio el zapatero se incomodó tanto que amenazó á su mujer con el puño, ella le miró con calma y le dijo:

—¿Es que piensas vivir y morir en esta odiosa cárcel? Quieres pasar la vida encerrado como un criminal solo por la satisfaccion de matar á este muchacho estúpido á golpes?

—Si hubiera medio de salir de esta cueva, repuso Simon ablandándose; ya, veria en ello. Porque te digo en verdad que estoy cansado de la cárcel.

—Medio hay y hacedero, añadió su mujer, Escucha.

Y escuchando Simon fué tentado, poco mas ó ménos como nuestros primeros padres en el Paraíso. Poco á poco se le fué iluminando el semblante, hasta que acabó por persuadirse que era fácil soltar una carga ya demasiado pesada.

—Si tiene buen resultado, dijo, soy otro hombre y tú otra mujer.

—Si no tiene buen resultado, observó Juana Maria, lo peor que puede sucedernos es lo que ha sucedido á miles ántes que nosotros. Le daremos pasto á la máquina y nuestras cabezas van á parar á la canasta con esta diferencia, que no podré marcar el hecho en mis calcegas. Prefiero morir en la guillotina, que morir aquí de fastidio.

—Lo mismo digo yo, hija. Mas vale morir como hombre, que vivir como perro. Que venga tu médico mañana. Hablaremos.

En efecto, al dia siguiente bien temprano se presentó allí á visitar la señora Simon el con sabido doctor de capa larga y negra con su correspondiente peluca empolvada. Sin notar que el rostro que aparecia bajo esta era otro que el del dia anterior, los centinelas le dejaron pasar. Los comisarios de guardia se encontraron con el médico en la escalera y tampoco le hicieron caso. No conocian personalmente al director del hospital de Caridad, solo sabian que andaba en el traje en que le hemos pintado y que tenia permiso de la Comuna para visitar á la mujer Simon enferma.

—Hoy hallará dos pacientes allá arriba, doctor, le dijo uno de los comisarios. El chico Capeto está enfermo tambien actualmente. Podeis prescribirle. O está enfermo ó se ha obstinado en no responder pregunta que se le dirige, ni tomar alimento, desde ayer á medio dia. Exámínele, doctor, y denos parte por escrito de su opinion. Esperamos abajo en la sala de consultas. Despacho.

Siguieron adelante y el médico en realidad se apresuró á subir. En la puerta encontró á Simon.

—Oisteis, ciudadano? le preguntó. Abajo aguardan los comisarios.

—Sí, contestó el zapatero. Veo que no tenemos mucho tiempo que perder.

Entrado el médico, el último cerró la puerta y le pasó el cerrojo. La mujer Simon desde el lecho, miró al recién venido con extrañeza.

—¿Quién sois? le preguntó levantándose. No sois el doctor Naudin.

Sin contestar el desconocido siguió adelante hasta llegar á los bordes del lecho, y allí se inclinó y dijo al oído de la enferma, quien se habia dejado caer en la almohada:

—Soy el que viene á favorecer vuestra salida del Temple. Con este objeto y el de efectuar

la fuga del desventurado Capeto, me ha enviado aquí el doctor Naudin.

—Simon, dijo Juana Maria á su marido, aquí teneis al hombre que ha de librarnos de este infierno.

—Entendámonos, repuso el nuevo doctor con voz firme y penetrante, os libraré si me ayudais á librar al delfin.

—Mas bajo, por amor de Dios, dijo Simon despavorido. Si nos oyen, estamos perdidos. Con tal de salir de esta cárcel, haremos lo que se exija de nosotros. Aquí estamos enterrados vivos.

—Ni ya puedo dormir en esta espantosa prision, dijo la Simon azorada. Qué pesadillas! No hay noche que esa horrible mujer, pálida con tamaños ojos fijos, no se pasee arriba y abajo del Temple, mirando por toda rendija á ver si sus hijos están vivos ó muertos, ó si nosotros los matamos ó no. Anoche nada ménos no se puso á escuchar á la puerta, sino que entró aquí, se acercó á mi cama y luego pasó al cuarto del chico Capeto. Simon dormia. Yo salté de la cama y fui á ver si estaba cerrada la puerta; porque me figuré que habia entrado alguien disfrazado, tal vez el ciudadano Toulan que ha tratado dos veces de libertar la Austriaca y sus hijos y á quien denuncié á la comision de salvacion pública. Allí, aunque estaba oscuro, vi al chico Capeto dormido en su colchon, con las manos cruzadas sobre el pecho, y junto á él, de rodillas, una figura de mujer, vestida de blanco. Despues de besar al niño dormido, la figura se volvió de repente para mí y me miró con ojos que me atravesaron el pecho como dos cuchillos. Reconoci aquella mirada: era la de Maria Antonieta, la misma que me echó en el cadalso. Con ella parece que me decia: Asesina! y yo me quedé paralizada.

En esto le acometieron convulsiones, perdió el conocimiento y se retorcia en el lecho, como una serpiente herida. Saco el doctor un frasquito y mojó las sienes de la paciente con el liquido que contenia, usando solo unas cuantas gotas.

—¿Son esas acaso del elixir famoso del doctor Naudin? preguntó Simon admirado, pues notó que al punto cesaron las convulsiones de su mujer y sus quejidos.

—Sí, contestó el desconocido. El eminente médico envia el frasquito de regalo á vuestra esposa. Cada gota de este elixir vale un Luis de oro; pero para que Juana Maria recobre la salud se le da gratis. ¿Qué tal?

—Muy bien ahora, contestó ella luego que el desconocido volvió á humedecerle las sienes. Me siento mejor de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Dadme la mano. Levantaos que ya estais buena. Vamos á la alcoba del pobre muchacho, porque os quiero hablar allí.

Se dirigieron allá seguidos de Simon y entraron con tiento en el cuarto oscuro y silencioso. Tenia el chico los ojos abiertos y miró á los recién venidos, pero no manifestó sorpresa, temor, ni alegría, y cualquiera le habria tomado por muerto, si por los entreabiertos labios no se escapase su respiracion trabajosa y caliente.

Arrodillóse el médico junto al colchon y tomó y besó una de las manitas del enfermo.

Esto no lo hizo moverse, solo cerró los ojos y los labios.

—¿Veis doctor? dijo Simon en voz hueca. No oye ni ve. Hace una semana que no habla.

—Esto es, desde el dia en que tú quisiste que cantara la cancion de madama Veto.

—¿La cantó? preguntó el médico.

—¿Qué habia de cantar esa mula cerrera! replicó Simon. No valieron súplicas, promesas ni amenazas. Le castigué como merecia. No cantó y desde entónces no habla palabra. Parece sordo mudo.

—Pues no está lo uno ni lo otro, dijo el médico con gravedad. Como buen hijo no ha querido cantar la cancion en que se hace burla de su noble y desventurada madre. Ved esas lágrimas que salen de sus ojos. El nos ha oido, nos ha entendido y nos contesta del modo que veis. ¡Ah! sire, prosiguió con vehemencia, por la sagrada memoria de vuestros padres os juro lealtad hasta la muerte. Vengo á libertaros. Os descubro la verdad ante testigos. Caiga mi careta. Miradme, rey mio. El mas fiel de vuestros servidores está de rodillas á vuestro lado. Abrid los ojos, rey de Francia, y ved si me conocéis.

Diciendo esto se enderezó, se quitó la capa y la peluca, y apareció en el uniforme de oficial de la Guardia.

—¡Voto al Chápiro! exclamó Simon dando una carcajada. Pues.....

—Silencio! le interrumpió el supuesto médico. Dejad que él declare quién soy. Miradme, rey mio, desengañad á estas gentes que estais en vuestro entero juicio. Si me conocéis, pronunciad mi nombre.

—Bien decia yo, observó Simon puesto que el muchacho quedaba inmóvil y callado. Ese oye como el cañon de la esquina.

Siguióse un profundo silencio. Al cabo el muchacho alzó los pesados y enrojecidos párpados y echó en torno de sí una mirada tímida y recelosa, y luego la clavó en el rostro del hombre que le hablaba como no le hablaba nadie hacia mucho tiempo. Hubo una especie de vibracion en su semblante, un rayo de alegría iluminó sus ojos y al parecer se sonrieron sus labios temblorosos.

—¿Me conocéis?

El niño levantó una mano en señal de salutación y dijo en voz clara y distinta:

—Toulan! Fiel!

Este, pues no era otro el supuesto médico, volvió á caer de rodillas y á cubrir de lágrimas y de besos la mano del niño.

—Sí, Fiel, repitió él. Ese es el honroso título que me dió vuestra real madre. Sí, pobre, infeliz, hijo de reyes, soy Fiel, soy Toulan, con el cual tan á menudo reias en vuestra prision.

—Ella, mi querida mamá tambien se reia; dijo en voz baja el niño, cuyo rostro iluminó un rayo de luz.

—Es cierto, agregó Toulan. Desde el cielo nos via en su sonrisa y su bendiccion, porque sabe que Fiel va librar á su hijo de manos de los verdugos. Decidme, rey mio, mi amado señor, ¿confiareis en mí? me concedereis el privilegio de libraros? Consentis?

El niño echó una mirada recelosa ya á Simon, ya á su mujer y luego volvió el rostro hácia la pared.

—Sire, dijo Toulan en tono deprecatario.

No respondeis. Hablad, mi rey, ¿os pongo en libertad?

Dijo algo el muchacho en contestacion; pero en tan baja voz, que no lo entendió Toulan. Se inclinó este un poco mas hasta poner la oreja en los labios del niño, al cual oyó entonces decir:—Os delatará. Cuidado Toulan. No digais nada. Me mataria.

—Habló? preguntó el zapatero. Entendisteis, ciudadano, lo que dijo?

—Sí, contestó Toulan. El consiente. Me faculto para que le libre si puedo. Estais vosotros decididos á ayudarme?

—Decididos, repitió Simon. Pero con tal que se cumplan mis condiciones. Necesito un empleo fuera del Temple y algun dinerillo para vivir holgadamente en el campo, si el empuje no me peta.

—Con mi ayuda y la del doctor Naudin, no os faltará nada. Además, tan luego como me entreguéis el niño fuera de esta cárcel, recibiréis en moneda contante la suma de 20,000 francos. En cuanto á la salud de vuestra esposa, eso corre de nuestra cuenta. Sabeis de lo que padece?

—No en verdad. ¿Soy médico acaso?

—La causa del mal de vuestra esposa, ciudadano Simon, no es física sino moral, reside en la conciencia, que no está tranquila, ni lo estará á menos que ella se preste á una reparación completa y sincera.

—Tiene razon, mucha razon, dijo la mujer gimiendo. Yo tengo la culpa de su muerte, porque denuncié á Toulan á las autoridades, cuando estaba á punto de salvarla. Me rei cuando ella subió al cadalso y me echó aquella mirada que me atravesó el corazon. Me he arrepentido y ahora me roe las entrañas el recuerdo. Maltraté al hijo creyendo que alejaba la vision espantosa de mi madre. Libradme de este verdugo, de mi conciencia. Con la mano puesta en el corazon de este niño, juro que haré cuanto esté en mi mano por salvarle. ¿Me perdonarás tú, Maria Antonieta y me dejarás tranquila si te pago el mal que te he hecho, haciendo bien á tu hijo?

—De seguro que sí, dijo con vehemencia Toulan. La madre os perdonará, porque librando al hijo de los tormentos que aquí padece, le volvereis la paz que ahora no goza en el sepulcro. Y vos, ciudadano Simon, ¿qué decís? No advertís que la conciencia se despierta en vuestro corazon y os compele á compadecer á este pobre niño?

—Lo advierto, murmuró Simon. Su mirada suave y su aspecto melancólico han acabado por desarmarme. Tiempo es de que me desembarace del chicuelo ese, ó me sucede lo que á mi mujer. Juro pues por la república y por la libertad que ayudaré al ciudadano Toulan á sacar de aquí al pequeño Capeto. ¿Está satisfecho el ciudadano?

—Sí, muy satisfecho. Hablemos ahora de lo que ha de hacerse. El plan está formado, los preparativos hechos y si vosotros seguís al pié de la letra mis instrucciones, dentro de una semana os vereis libres y felices.

—¡Tan pronto! gritó Simon encantado.

—No mas tarde. Por fortuna uno de los miembros de la Junta de salvacion pública está peligrosamente enfermo y le han llevado al hospital de Caridad. Dice el doctor Naudin

que no puede vivir arriba de tres dias. El puesto quedará vacante; harémos pues cuanto esté en nuestra mano para que el ciudadano Simon entre á ocupar su lugar. Ahora escuchad y retened mis palabras.

Entonces Toulan les explicó el pormenor del plan que habia concebido para efectuar la fuga del príncipe, del cual sin duda no perdió palabra, porque no apartó sus ojos de la cara del orador y se sonrió varias veces.

—Voy á tomar todas las medidas necesarias del caso, dijo al fin Toulan haciendo un saludo al príncipe y besándole la mano.

—Fiel, le dijo él en baja voz, Fiel, ¿creéis posible mi escape?

—De ello estoy seguro, mi querido príncipe. Con el favor de Dios y la bendicion de vuestros augustos padres, espero salir en bien de esta empresa. Os recomiendo la mayor reserva mientras permanezcáis aquí: conservad el mismo porte; fingid insensibilidad é idiotez. No volveré aquí, pero si todos los dias el doctor Naudin. En el de la fuga me hallareis á vuestro lado. Hasta entonces, Dios le guarde, mi querido príncipe.

De la prision Toulan pasó al hospital, donde tuvo una larga conversacion con el doctor Naudin. Al término de ella, este entró en su carruaje y se dirigió á la casa de Ayuntamiento, en una de cuyas amplias salas, celebraba sus sesiones la Junta de salvacion pública, y le presentó un informe detallado de lo que habia visto y observado en el Temple. Petion, el presidente de aquel cuerpo revolucionario, escuchó con gravedad cuanto concernia á la pobre salud que gozaba el pequeño Capeto, y con marcado interes á lo que hacia referencia á Simon y su mujer.

—Merece bien de la patria el ciudadano Simon, y es uno de los mas fieles sostenedores de la república; dijo él luego que el médico acabó su informe. Como una buena madre la república debe mostrar gratitud á sus leales hijos y atenderlos tiernamente. ¿Qué debe hacerse, por lo tanto, ciudadano doctor, para devolver la salud al ciudadano Simon y á su cara esposa?

—Ambos están enfermos de la misma causa y ambos requieren el mismo remedio. Este se reduce á cambio de local y de aire. Désele al ciudadano Simon otro empleo, donde pueda moverse y respirar otro aire que el infecto de la cárcel, y hágase de modo que la mujer no oiga constantemente los quejidos y lamentos del chico Capeto enfermo. En una palabra, déseles libertad y recuperarán la salud quebrantada.

—Así es, dijo Petion. Esa pobre gente ha llevado una vida bien triste en el Temple, fuera de que se ha visto obligada á respirar un aire emponzoñado con el aliento de ese último vástago de la tiranía. En consideracion á su celo y sus servicios, es fuerza sacarle de semejante atmósfera. Harta pena se ha tomado el ciudadano Simon en reparar los descuidos de la educacion de Capeto, á fin de ver si de un muchacho inútil podia sacarse un hijo útil de la república.

—Pero aun cuando Simon permaneciese en el Temple, observó el director del hospital; no podria por mucho mas tiempo correr con la educacion del muchacho.

—¿Qué quiere decir con eso el ciudadano Naudin? preguntó Petion de buen humor.

—Quiero decir que el muchacho no puede vivir largo tiempo. Padece á la vez de consuncion y de reblandecimiento del cerebro. Esta última enfermedad le reducirá en breve al estado de idiotismo, incapacitándole para la educacion.

—¿Está convencido el ciudadano doctor, que no sanará el hijo de los tiranos? preguntó el presidente en tono grave.

—El atento exámen que he hecho del paciente me convence de lo que ahora afirmo: quédale un corto tiempo de vida y la mayor parte de él lo pasará en un estado de idiotez. A fin de que no se diga que el método de educarle ha acabado con la existencia del pequeño Capeto, debe alejarse cuanto ántes del Temple á Simon, celoso y digno servidor de la república. Tambien, para que en ningún caso se acuse á esta de cruel, convendria tratar de aliviar los últimos dias del pobre niño enfermo.

Anublóse el semblante de Petion y su mirada escrutadora se fijó en los ojos del médico.

—Muestra el doctor, por lo que veo, dijo, un sí es no es exceso de sensibilidad y parece olvidar que el muchacho es criminal por nacimiento y que la república no puede tener miramientos con él.

—Por lo que á mí toca, repuso Naudin con naturalidad, todo enfermo á la cabecera de cuya cama me encuentro, no es mas que un ser humano, digno de compasion y de cuidados. Nunca me detengo á examinar si es criminal ó inocente, sino de qué mal adolece, y en seguida me ocupo de aliviarle su dolencia. La santa é indivisible república, además, es demasiado magnánima y buena madre para no tener piedad de los que mas la necesitan; es como el sol, que dirige sus rayos hasta los profundos calabozos de los criminales y brilla para buenos y malos.

—Y qué desea el médico del hospital la república haga por el vástago de los tiranos? preguntó Petion con expresion sarcástica.

—No es mucho, contestó Naudin con sonrisa. Deseo que se me permita visitarle de cuando en cuando y hacer por él, en su triste situacion, lo que aconseja la ciencia, á fin de aliviar al menos sus padecimientos. Sobre todo, trátesele como niño que es, concédasele algun entretenimiento; ya que no es dable que juegue con otros chicos de su edad, dénselle juguetes.

—¿De veras quiere el doctor Naudin que la república condescienda á proveer de juguetes á los criminales encarcelados?

—Me ha ordeñado la Junta visite al muchacho enfermo en el Temple, examine su estado y prescriba el remedio necesario para su cura, si la tiene; no hay salvacion para él, pero aun hay medio de aliviar sus padecimientos. Tambien curamos con juguetes. A la Junta corresponde decidir si la república niega esta medicina al enfermo.

—¿Dice el ciudadano doctor que es incurable el mal del pequeño Capeto?

—Incurable.

—Bien, dijo Petion con sonrisa maligna, entonces la república proveerá de juguetes al último de los Capetos. Por siglos seguidos han jugado ellos impávidamente con la felicidad

del pueblo, así que este la última cosa que puede dar á los tiranos es juguetes para que se diviertan en su camino á la eternidad. Ciudadano doctor, se accede á la peticion. Se dará al ciudadano Simon la primer plaza que vague, á fin que salga de la cárcel y goce de libertad. Tendrá juguetes el pequeño Capeto, y está facultado el ciudadano Naudin para propinarle los remedios que crea le alivien. Es su deber cuidar del chico enfermo hasta que muera.

CAPITULO XXVII.

EL CABALLITO DE MADERA.

Al día siguiente de la escena que queda referida al final del capítulo anterior, en obediencia de las órdenes de la Junta de salvacion pública, se llevaron varios juguetes al oscuro aposento del príncipe y se colocaron en torno de su cama de enfermo. Pero en vano solicitó la mujer Simon que Lu's jugara con ellos: no se logró que abriera los ojos para verlos.

En consecuencia, uno de los comisarios que trajeron los juguetes, compadecido del estado de postracion é insensibilidad en que parece habia caído el niño, dijo que era preciso apelar á otra cosa y preguntó qué era lo que podría distraerle.

—Un caballo de silla, contestó Simon dando una carcajada. Estoy seguro que si supiera ese terco chicuelo que habia á la puerta del Temple un caballo ensillado para montarlo él y correr por las calles de París, al momento se ponía bueno y se levantaba sin andadores. No es mas que perrada suya el estarse echado ahí como un tronco.

—Sois muy cruel, ciudadano, observó el comisario mirando con aire de compasion al muchacho.

—¿Cruel? Ya se ve que lo soy; replicó Simon. Pero es esta maldita prision la que me hace ser cruel. Si estamos aquí una semana mas, Juana Maria se muere y yo me vuelvo fatuo. Esto nos ha pronosticado el director del hospital, que sabeis es el médico mas hábil de Francia. Mirad si no seriais cruel con semejante píldora en el cuerpo.

—Bien, ciudadano, tenéis al menos el consuelo de saber que no durará largo tiempo. Con el ciudadano Simon espera la Junta proveer el primer puesto vacante que ocurra.

—Espero que sea prontito. Hago este voto: si dentro de una semana salgo de este infierno, y consigo una buena plaza, le voy á dar al pequeño Capeto un caballo para que se acuerde de mí. Pues, no un caballo de carne y hueso, sino uno de madera, en el cual pueda montar aquí mismo. Ea, Capeto, añadió Simon inclinándose en la cama del niño, ¿no querrias un caballo bonito de madera para jugar?

La luz tenue de una sonrisa se dibujó en los pálidos labios del enfermo, abrió los ojos y dijo:

—Sí, me alegraría tener uno.

—¿Ois, ciudadanos? dijo Simon. Os tomo por testigos. Si me dan otra plaza, regalo al pequeño Capeto un caballito de palo. ¿Puedo hacerlo?

—Se le concede el derecho al ciudadano Simon, dijo uno de los comisarios, y así se infor-

mará á la Comision de salvacion pública. Es digno de celebrarse el deseo de distraer al niño enfermo. La gran república, madre amorosa de todos los Franceses, tambien se compadece de él. Esperamos, que en pago de tan buena obra, el ciudadano Simon consiga lo que desea y que pronto se vea libre de este largo y molesto encierro.

Efectivamente, no tuvo que esperar mucho tiempo. El empleado enfermo en el hospital murió á poco, segun lo habia predicho el doctor Naudin, quien comunicó desde luego el hecho á las autoridades, y en el mismo dia Simon fué nombrado en su lugar. Comunicó á este la noticia de su promocion el mismo comisario que habia traído los juguetes al niño enfermo y se habia mostrado tan generoso con él.

—Pues al avio! gritó Simon en el colmo de la alegría. Hace tres dias que estamos listos.

—Fuerza es, sin embargo, amigos míos, que os demoreis hasta mañana, dijo el comisario con sonrisa. Porque hasta entónces no puede entrar en el lleno de sus deberes, aquel que va á reemplazaros aquí en el Temple. Tened pues un poco de paciencia.

—Lo siento, repuso Simon suspirando. De aquí á mañana á las diez me ha de parecer un mundo. Yo no hago falta en el Temple. Las dos señoritas Capeto estan encerradas arriba, y por lo que hace á este, no necesita cerrojos, no se huirá por cierto; ahí se estará en su colchon....

—¿Luego está muy enfermo el niño? le interrumpió el comisario con sentimiento.

—No de gran peligro, contestó Simon. El doctor Naudin, que le visita diariamente, ha dicho, sin embargo, que su cabeza no está en caja, y que es preciso repararle á navaja el espeso cabello á fin de refrescársela. Juana María va á meterle la tijera. Este será el último servicio que le prestemos.

—Cómo! exclamó el comisario. ¿No teneis otro servicio que prestarle?

—No! contestó Simon. Ah! sí, ahora recuerdo. Ya olvidaba el caballito. Si pudiera salir, ahora mismo corria á comprarle.

—Me alegro de esa buena disposicion; observó el comisario. De ello se enterará la Comision de salvacion pública. Los superiores del ciudadano Simon sabran con gusto que él es un hombre de honor, que cumple lo que promete. Vaya pues, compre el juguete, y arregle de modo las cosas que mañana á las diez pueda marchar y hacerse cargo de la colecturia de la puerta Macon.

—No nos haremos de rogar Juana María y yo. Apénas suene la hora en el reloj de Nuestra Señora, tocamos soleta.

Se encajó el gorro colorado en el cabello negro y epeso y salió del Temple á paso largo. Detúvose, sin embargo, en la portería ántes de salir á la calle, para tener un rato de charla con el portero, darle cuenta de su nuevo empleo y del objeto que le llevaba fuera.

—Así, no se sorprenda el ciudadano de verme volver dentro de poco con un caballo, esto es, no con un caballo que me lleve á cuestras, sino que yo le lleve á él. Tuve la tontería de prometérselo al pequeño Capeto, y como aprueba la promesa la Comision de salvacion pública....

—Bien, si se le permite al ciudadano, yo no tengo mas remedio que abrirle la puerta, aunque sea á media noche. La Junta sobre todo y ante todo, si estimo en algo mi cabeza.

—Le alabo su modo de pensar. Muy poco sabemos de lo que nos traemos entre manos aquí, mucho ménos el punto donde nos pillará la máquina. Pero, si gusta el ciudadano, puede preguntarle al comisario de guardia Roger, si tengo ó no permiso para traer el caballito. Ahí está y se estará probablemente hasta mi vuelta.

Saludó con la cabeza y fuese. Una vez fuera, detúvose y miró arriba abajo de la calle. Hacia la izquierda, en la esquina de un callejon, se hallaba recostado un mozo de cordel de blusa, en la apariencia esperando ocupacion. Cruzó al punto la calle el zapatero de viejo y se dirigió á él.

—Qué manda el ciudadano? preguntó alto el mozo.

—Algo, contestó Simon en baja voz. Ah! Toulan. Listo. Mañana á las diez sacudo el polvo del Temple.

—Lo sé, contestó Toulan en el mismo tono; y añadió: Pero hable alto. Ahí anda un hombre que nos espía.

—Vamos, gritó Simon alto. Deseo que me acompañeis á una tienda de juguetes, y que luego me ayudeis á cargar lo que compre, que será pesado.

La siguió Toulan sin decir mas palabra y los dos con aire de indiferencia echaron á andar, atravesando los grupos numerosos de gentes que habia por todas partes. En la esquina de una calle cercana el mozo de cordel tropezó con otro de su clase que se hallaba de pié á orilla de la banqueta, y que aguardaba algo ó alguien con ansiedad.

—Perdonad, ciudadano, dijo Toulan alto y añadió mas bajo, mañana por la mañana á las diez. A la puerta se hará cargo la lavandera de la ropa sucia. A las diez en punto tienen que partir los carros y los muchachos. Estará lleno el caballito.

—Estará lleno, repitió el segundo mozo, pasó por delante de los dos amigos, y echó por la calle de Helder. A medida que se alejaba, apretaba el paso y así que entró en un callejon torcido, angosto y solitario, donde no debia esperar que le observaran, echó á correr hasta llegar á la calle Vivienne. Entónces moderó el paso, y tranquilamente entró en una tienda de juguetes. El dependiente detras del mostrador le preguntó qué queria.

—Ante todo, ciudadano, permitidme descansar; y se sentó en una silla que habia por allí. Ahora, si queréis hacerme el favor de darme un vaso de agua....

—Ola, Juan, gritó el dependiente hácia adentro. Un vaso de agua del pozo. Pronto. El muchacho con un vaso en la mano salió corriendo á la calle.

—Dentro de un cuarto de hora, dijo entónces el mozo de cordel al dependiente con vivacidad. Informad al marqués, si gustais.

—Al evanista Lambert, queréis decir, repuso el dependiente. No vive él tan léjos como vos, vive en frente y todo el dia se ha estado en el zaguan esperando la señal.

—Pues hágasela, querido baron, dijo el su puesto mozo; y como á la sazón entró el mu-

chacho con el agua, tomó el vaso y de un sorbo lo vació como para satisfacer al portador que le miraba atentamente.

Entretanto el dependiente se habia asomado á la puerta de la tienda y habiendo sacado un pañuelo azul con orilla roja del bolsillo de la casaca, se lo pasó á espacio por la cara.

El hombre de la blusa que se hallaba en el zaguan de la casa de enfrente, bajó ligeramente la cabeza en prueba de que habia entendido, entró y se perdió de vista.

—Bueno, exclamó el mozo de cordel, ya que he tomado respiro y un trago, os diré el motivo de mi carrera. Sabiendo que una persona deseaba comprar juguetes, la he dirigido á esta tienda. La compra parece que será larga, pues trae consigo un mozo de cordel. Digame por tanto que comision me pagará.

—No soy el dueño de la tienda, replicó el vendedor en ogiéndose de hombros. Hace solo una semana que estoy aquí y manejo los negocios en ausencia del dueño. No puedo por esta razon dar propina; pero preguntaré al muchacho si el señor Duval en tales casos acostumbra pagarla. El es mas antiguo que yo aquí.

—El señor Duval, contestó el muchacho con aire de importancia, acostumbra pagar dos céntimos en el franco.

—Bien, esa es la comision que yo daré con tal que la persona que decis compre por valor de un franco.

—Hé ahí mi hombre! exclamó el mozo señalando para Simon que á la sazón entraba en la tienda en compania de Toulan. Ahora pues, ciudadano, haced una buena compra, porque mientras mas compre mas comision alcanzo.

—Lo creo, repuso Simon riendo. La misma cosa de todas las tiendas. Vengo á comprar entre otras cosas un caballito de madera. Pero advierto, ciudadano que ha de ser el mejor, de pura sangre, como que ha de montarle uno que tiene sangre real.

—Por desgracia tenemos pocos al presente. No es lo que mas se vende. Sin embargo, de poco tiempo á esta parte aumentándose la demanda, hemos ordenado algunos, y si esperais unos pocos dias....

—Unos pocos dias! le interrumpió Simon enojado. Ni horas, ni minutos esperaré. Si no teneis caballitos, me iré á otra parte.

—¿Podeis esperar un minuto? dijo el dependiente viendo que el comprador volvia la espalda. No quisiera perder tan buen parroquiano, veré si puedo conseguirle un bonito caballito. El ebanista, que hace los nuestros, vive ahí en frente y me prometió uno para mañana, mandáremos al muchacho á ver si le tiene listo.

—Mas valia ir allá con él, ciudadano. Si encuentro lo que necesito, no tengo que ir á otra parte.

—Cierto, dijo el dependiente, y yo los acompañaré para arreglar de una vez el asunto. Mira, Juan, ven, ocupa mi puesto por un instante.

Simon ya habia cruzado la calle con Toulan, seguidos del dependiente y del segundo mozo de cordel.

—¿Por qué no os habeis desembarazado de ese muchacho, conde Saint Prix? preguntó el último al primero.

—No ha sido posible, conde Frotté, contestó Duval es hombre muy nervioso y temia excitar sospecha, si desaparecia el muchacho, que es muy conocido en el vecindario, precisamente en los momentos de su ausencia. Quizas tenga razon y de todos modos la cosa es inevitable. Espero que el taimado no haya notado nada, y que sin estorbos llegaremos al fin. Partis mañana para Londres; ¿no es eso?

—Sí. ¿Y qué direccion llevareis, conde?

—¿Yo? á Coblentza, al lado del principe; replicó el de Saint Prix. Si llegaremos los dos al término de nuestro viaje!

—De ninguna manera con los niños que vamos á llevar, contestó en muy baja voz cuando entraban en casa del ebanista.

Allí, en el taller, encontraron á Simon y Toulan ajustando un caballo de madera entre seis que les habia sacado el fabricante.

Despues de examinado atentamente, por consejo de Toulan, Simon compró en veinte francos uno que tenia los costados pintados de rojo y que era el mayor de todos. Aquel se lo echó al hombro y salió á la calle seguido del segundo, el cual dijo:

—¿Es que todos estos están en el secreto?

—No, solo el ebanista y ese saldrá mañana de París con el principe.

—Por Dios, mas quedo, dijo Simon asustado.

Y ¿por qué no salis vos tambien con el chico de París, donde os rodean tantos peligros?

—No puedo, contestó con brevedad Toulan.

—¿No podeis? Qué os lo impide?

—El voto que hice á Maria Antonieta de salvar sus hijos del Temple ó morir.

—Ya, pero mañana se cumplirá ese voto. Qué mas?

—No será ese sino el cumplimiento de la mitad de mi voto. No contais con la hija. A esta y á su tia tengo que salvarlas ántes de abandonar á París.

—Valia mas que os fueseis con el chico.

—¿Qué, no teneis confianza en mí?

—No la tengo en nadie. Quién me dice que

mañana ó pasado no me hareis traicion....?

—¡Yo! ¿No debia temer lo mismo de vos?

—Muy bien sabeis que por fuerza he de callar el pico sobre el asunto porque me va en ello la cabeza. Mas punto en boca: hé ahí el Temple. Se me figura que las paredes me miran de reojo y dicen: Al traidor. Ah! Qué malo es tener la conciencia manchada!

—La tendreis limpia cuando hayais acabado la parte que os corresponde en esta obra grande y noble.

—A vuestros ojos; pero ¿será lo mismo á los de la Convencion? No es tiempo ya de mas charla.

Pegó tres puñetazos en la puerta exterior del patio, abrió el portero y dejó entrar á los hombres, diciendo solamente que tenia orden de admitir el caballo.

—Pero como no mencionó el comisario de guardia el mozo de cordel que le trae á cuestras, ciudadano Simon, agregó el portero, consentiré que pase al segundo patio, no mas allá.

—No tengo apuro en entrar en una cárcel, dijo el supuesto mozo con aire de burla. Porque es mas fácil la entrada que la salida.

Pasaron al segundo patio, y por el camino

Toulan repitió á su compañero que mañana á las diez se hallaría á la puerta.

—Desearia haber acabado todo ya, dijo Simon gimiendo. La cabeza me baila en los hombros y me late el corazon como si yo fuese una chiquilla.

—Valor, Simon, valor! Recordad que mañana sereis libre y rico. Así que pongais en manos de la lavandera el cesto á la puerta, os entregaré los veinte mil. . . .

—Alto ahí! gritó el centinela. Nadie entra sin pase.

—¿Se necesita, ciudadano, para mi caballo de madera? preguntó Simon riendo.

—Tontería! Hablo del mozo de cordel.

—El se marcha desde aquí. Deseo sin embargo, que marqueis bien su fisonomía, porque ha de volver mañana para ayudarme á trasladar mis muebles. Traed un carro, mozo, y deme acá el caballo.

Se despidieron hasta la mañana siguiente á las diez. Detúvose Toulan en la puerta exterior á decirle al portero que volvía al día siguiente para ayudar á Simon en la mudada y preguntarle si este ya tenia sucesor.

—¿Qué, querriais la plaza? dijo el portero con aspereza.

—No por cierto. No me peta, ni me sienta el aire de la cárcel, que debe estar corrompido.

—Así es, replicó el portero. Por esa causa, luego que salga Simon, se va á abrir y ventilar el Temple, y el sucesor no tomara posesion hasta el medio día.

Con esto Toulan se despidió del portero y salió muy alegre á la calle. Al fin de ella dió con un pordiosero, apoyado en su muleta y arimado á la pared de una casa.

—¿Qué tal? preguntó este á Toulan.

—A las maravillas hasta ahora, marqués. El caballo dentro y nada se ha descubierto.

—Dios nos favorece mañana, dijo el pordiosero. ¿Estais seguro de todo?

—De todo, marqués de Jarjays. Mientras vos dejais á Paris en traje de lavandera, nuestros dos aliados saldrán con el muchacho en elegantes carruajes.

—Y sois vos, Toulan, quien librará al rey de Francia. El país contrae con vos una deuda eterna de gratitud.

—Marqués, á mí me basta el honroso título que me dió mi reina. Adios! hasta mañana en la puerta Macon.

Recibió el príncipe Luis Carlos el caballo con mas interes del que habia mostrado por otros juguetes. Hasta levantó un poco la cabeza del colchon para verlo mejor.

—Ea pues, le dijo el comisario que habia acompañado á Simon hasta el calabozo para ver el efecto del juguete en el niño. ¿Qué tal, pequeño Capeto, te gusta el caballo?

El dijo que sí con la cabeza y sin decir palabra sacó la trasparente y hvida mano derecha, en ademán de querer levantarse.

—Quieto, quietecito hasta mañana, le dijo Juana María. Así lo ha dispuesto el médico. Voy á cortarte el cabello ahora mismo. Quisiera que el ciudadano presenciase la operacion, porque cambiará mucho la fisonomía del niño, y podría suponerse. . . .

—Sí, la interrumpió Simon, podría suponerse que por un exceso de ternura nos habiamos

llevado al estúpido mozo que nos ha dado tantas molestias.

—Nadie consideraria al republicano Simon capaz de semejante cosa, repuso el comisario. El chico, ademas, quedará aquí y si no se trae de las nubes otro que le reemplace. . . . Pierda cuidado el ciudadano. Volveré mañana y si experimenta algun cambio su fisonomía, sabré cómo ocurrió.

—Sí, sabrá cómo ocurrió; dijo Simon con una mueca, mirando de reojo salir al comisario.

—Cierra la puerta, hijo; exclamó Juana María. Preciso es sacar al muchacho ó se ahoga.

—No, no, dijo Simon indicando á su mujer se alejara del caballito. No se ahogará, debajo de la silla hay agujeros para admitir el aire. Precaucion! ¿No ves que puede antojársele á los comisarios hacer una nueva pesquisa? No hay que sacarlo hasta las diez de la noche. Podemos, sin embargo, darle mas aire.

Alzó la silla y aplicó el oído á los agujeros en el lomo del caballo.

—Respira suavemente y por igual, dijo. Parece que duerme. Juana María, coge la silla y tenla lista por si se aproxima alguno se la pongas otra vez. Yo empaquetaré entretanto.

Venida la noche y hecha la pesquisa entraron en movimiento los carceleros del delin. La mujer que se habia metido en la cama vestida, salió de ella y Simon que se hallaba en la puerta, se adelantó al príncipe y le dijo que se levantara.

Hízolo así, pues su indiferencia y estupidez eran mas bien fingidas que reales, se quitó la ropa que tenia puesta y empezó á ponerse la burda de lana, con calzones de hilo, que Simon sacó de la cama. Concluido el tocado, el niño miró al zapatero con timidez y le preguntó:

—¿Y las medias?

—No hay medias, contestó Simon con rudeza. ¿Quién ha visto hijo de lavandera con medias? En la canasta hay zuecos, pónelos despues, si salimos en bien. Juana María te cortará el cabello.

—¿Yo? exclamó la mujer estremeciéndose. No puedo. Me pareceria que cortaba su cabeza, y que la fantasma vestida de blanco, me atravesaba con sus ojos.

—Tal tal la antigua historia otra vez. Dame acá las tijeras. Yo lo haré, porque debe caer el cabello del muchacho antes de ir á la canasta. Vamos, no te encojas ni asustes, que no hablo de la canasta de la guillotina, sino de la canasta de la ropa sucia.

Tomó las tijeras y se sentó en el banquillo cerca de la mesa, donde ardia una vela de sebo, iluminando á medias el aposento.

—Ven, Capeto.

—No le hagais daño, gritó Juana María cayendo sentada en el suelo y cruzando las manos, porque vió que Simon cogió el niño y le sujetó entre las rodillas. Mira que está ella ahí que ve lo que tú haces.

—Ya era sobrado tiempo de que nos fuésemos de aquí, dijo él no poco azorado. Sobre que se me va pegando tu miedo. Agacha la cabeza, Capeto. ¿Lloras? por qué? agregó despues de haber empezado á dar algunos tijeretazos.

—Siento que me corten el cabello.

—¿Qué tú tambien tienes vanidad?

—No, maestro, sino que ella me peinaba y me besó el cabello la última vez que la vi.

—¿Quién es ella? preguntó Simon con aspereza.

—Mi mamá la reina, contestó Luis en tono tan triste que se le salieron las lágrimas á sus dos carceleros.

—Calla! exclamó Simon. No vuelvas á dar ese nombre á tu madre. Quieto. Hé, ya estás rapado. Recoge el pelo, Juana María, y ponle en la mesa, para que le vea el comisario por la mañana y no se admire si no reconoce al mocho. La canasta. Veamos si cabe en ella el joven Capeto.

Traida y metido éste en el fondo, se vió que cabia bien, puesto de costado y con las piernas encogidas. Le echó por encima varias piezas de ropa de mujer usadas, le dijo que se estuviese quieto y en seguida empezó á destornillar unos cuatro tornillos metidos en los costillares del caballo de madera. Habiendo levantado una especie de tapa, sacó un chico enfermo, estenuado, livido, con los ojos cerrados, el sobrino del marqués de Jarjays, de quien hemos hablado mas arriba.

—No se parece al hijo del rey, dijo la mujer, despues de haberle examinado atentamente á la luz de la vela.

—Lucirá diferente, cuando le pongamos la ropa, porque la ropa es lo que hace el hombre. Enderézate, muñeco.

—No te entiendo, dijo la calcetera. ¿Se te ha olvidado que Toulan dijo que el muchacho era sordo mudo?

—Es verdad. Lo recuerdo ahora. Mejor. Así no revelará secretos. Haber la ropa: vistamos este muerto vivo de príncipe.

Efectivamente, en un dos por tres quedó disfrazado el idiota con el traje del hijo de Maria Antonieta, el cual contemplaba la escena asomado á los bordes de la canasta.

—Ahora bien, dijo Simon cubriendo el niño con una manta, digamos como dicen en San Dionisio cuando depositan un nuevo cadáver en la bóveda real.—El rey ha muerto, viva el rey.

—Maestro, dijó Luis con timidez; ¿puedo haceros una pregunta?

—Sí, ranita, y diez tambien.

—¿Morirá el niño enfermo si á mí me salvan?

—Cómo, ¿qué dices, chiquillo?

—Quiero decir, maestro, que si ha de morir el pobre muchacho por quedarse en mi lugar, preferiria. . . .

—¿Qué preferirias, mastuerzo? gritó Simon. Preferirias quedarte aquí?

El príncipe generosamente contestó que sí, fundado en que ocupar su puesto equivalia á una muerte cierta á poder de rigores y castigos. Esto incomodó altamente á su carcelero, quien le amenazó despacharle de un porrazo en la cabeza, como volviera á sacarla de la canasta para decir tales necedades.

Luis no esperó á que le repitieran el aviso para estarse quieto, y Juana María, con permiso de su marido se acercó despues á la canasta para tener una explicacion con el niño, y rogarle la perdonara el mal que le habia hecho á él y á su madre. Gradualmente, sin embargo, reinaron en el cuarto el silencio y las ti-

nieblas. La mujer y los niños se quedaron dormidos.

No así Simon, á quien ocupaban pensamientos varios y siniestros. Sentado en su banco junto á la vela, se estuvo pensativo hasta que casi toda se consumió, con la frente arrugada, los labios apretados y los ojicos clavados en el espacio oscuro y vacío.

—Es preciso, es preciso; repitió al fin entre sí. De otra manera no hay reposo para mí. Uno de los dos tiene que desaparecer, y ese debe ser Toulan.

A la mañana siguiente se notaba mucho movimiento en el piso bajo del Temple. Preparábase para salir el maestro Simon y todos sus muebles y cachivaches se hallaban en el patio. A la puerta del edificio se veia una carreta y junto á ella dos comisarios de la Comision de salvacion pública, para examinar uno por uno los objetos que iban á sacarse, no por desconfianza de la honradez de su dueño sino para llenar las formas de la ley.

Simon, que no carecia de astucia, lejos de manifestar enojo ó recelo, rogó que el registro fuese lo mas escrupuloso posible; pues le parecia muy justo que si él iba á la puerta Macon á examinar los efectos de otras, se examinaran tambien los suyos. Solo como por incidencia indicó que habia una canasta con la ropa sucia de su mujer, la que ciertamente no era para invitar á nadie á hacer un registro muy minucioso.

Juana María, seguida de Toulan, sacaron este último mueble por dos abrazaderas hechas de sogas, cuya entreabierta tapa dejaba ver piezas de vestido de mujer.

—Paso á la ciudadana Simon con sus ricos penates, gritó Simon riendo.

—Si son ricos ó pobres, contestó ella amenazando á su marido con el puño en son de broma, no te han costado un centavo.

Riando y chancéandose, el zapatero agarró la canasta por un extremo y de golpe y zumbido la echó en la carreta ayudado del supuesto mozo de cordel. Pero no se habia registrado y uno de los comisarios subió tras ella á la carreta. Siguió de cerca Juana María, comprendiendo que todo estaba á punto de perderse, si le faltaba valor y serenidad en tan duro aprieto.

—Mirad, ciudadano, dijo ella. Examinad pieza por pieza, vereis que no hay sino ropa de mi uso. Así os desengañareis de que la calcetera de Robespierre no es ninguna duquesa disfrazada, que quiere huir de la justicia.

—Perdonad, ciudadana, repuso el comisario. Nadie honra mas que yo las calceteras, pero. . .

—Pero sois un si es no es curioso y deseais ver mi ropa blanca. Está bien. Mirad.

Diciendo esto levantó algunas piezas de arriba.

—¿Qué hay mas abajo?

—Mas abajo, dijo con expresion de la mayor indignacion por creer ultrajada su modestia, mas abajo está mi ropa interior que no ha habido tiempo de lavar. Espero que la republica no considerará necesario examinarla tambien. Me opondria al ménos y llamaria en mi ayuda á toda mujer de vergüenza.

Avergonzado el comisario, dijo que no habia necesidad de eso, ni deseaba la republica alzar el velo que cubria los misterios de una mujer honrada. Abandonó el registro, se apeó de la

carreta, é hizo la señal de partir al carretero, que no era otro que el mozo de cordel supuesto. Este marchaba al lado de la bestia, para tirarle de la brida siempre que habia de doblarse una esquina, al lado del vehiculo Simon y sentada en él sobre un baul con la mano derecha puesta en la tapa de la canasta, Juana María; de cuyo semblante no habia desaparecido aun el aire de dignidad que habia asumido en su último diálogo con el comisario de la Comision de salvacion pública.

El hecho que acaba de referirse ocurrió el 10 de enero de 1794. El mismo día en que Luis XVII salió del Temple, su hermana Teresa, que aun ocupaba los cuartos altos del dicho edificio, escribió en su diario, despues conocido bajo el título de,—Relacion de los sucesos ocurridos en el Temple, por madama Real, las siguientes palabras:—Hoy mi tia y yo oimos debajo, en el cuarto de mi hermano, un gran ruido, por donde sospechamos que se le habian llevado. Y nos convencimos de ello, cuando mirando por el ojo de la llave, vimos que sacaban muebles y otros efectos. Al día siguiente oimos abrir la puerta del cuarto de mi hermano, y reconocimos los pasos de los hombres que iban y venian, lo cual nos confirmó en la creencia de que se lo habian llevado.

Entre tanto la estropeada carreta con su extraña carga, rodaba á espacio por las calles, sin llamar la atencion de los transeuntes. Por el camino encontraron varios mozos de cordel, los cuales se daban todos por conocidos de Toulan, le saludaban, averiguaban su destino y seguian adelante, al parecer con la mayor indiferencia. Pero algunos de estos mozos penetraron en brillantes palacios y produjeron en ellos con la nueva singular comocion. Particularmente en el del conde Frotté, hubo hasta confusion; porque dispuso le prepararan el coche con cuatro caballos, y apénas le dijeron que estaba listo á la puerta, con tres bauls en la zaga, bajó él las escaleras envuelto en su rico redingote de pieles. Tomó asiento á la izquierda de un muchacho de unos diez años de edad, que llevaba cachucha de terciopelo adornada con pieles en el cabello corto y rubio, y cuyo cuerpo delgado y gracioso cubria una capa tambien de terciopelo, la cual descendia hasta los zapatos con hevilas de oro sembradas de piedras preciosas.

Por la precedencia que le concedieron al salir de casa y al entrar en el coche, por las reverencias con que acompañaban las menores palabras que le dirigieron, y por el tono de indiferencia con que el jovenzuelo dicho recibió todas esas muestras de respeto y homenaje, se convence cualquiera que el conde y sus criados le tenian en mucho. Cuando este entró en el carruaje, despues del jóven, el mayordomo cerró la portezuela y preguntó hácia dónde queria el conde que se encaminara el postillon.

—Camino de Puy, contestó él; y repetidas las palabras en alta voz, partió el coche.

Apénas le perdió de vista, el mayordomo llamó aparte á uno de los otros criados y le dijo con aire solemne:

—Ciudadano, tengo algo que contaros. ¿Pero me prometéis que sereis fiel y obediente criado del conde? Pues, S. S. ha emprendido un viaje largo, que debe permanecer secreto. Exijo de vos, por tanto, que si alguien os pre-

gunta á donde ha ido S. S., contesteis que lo ignorais. Pero sobre todo, no hay que mencionar que el conde viaja con el jóven... caballero, de cuyo nombre y rango estamos tan poco enterados.

Prometió el criado hacer y decir cómo se le recomendaba y luego que volvió la espalda y se marchó, dijo para sí el mayordomo siguiéndole de reojo:

—Hé ahí un espía de la Comision de salvacion pública. Estoy convencido de ello, como de que ahora mismo irá á contárselo todo á las autoridades. Corre, vil insecto. Dí que el conde, acompañado del muchacho, ha partido para Puy. Está bien, muy bien. Con eso los sabuesos se darán un solemne chasco. No apetece cosa mejor el conde, ni con otra mira el el señor Morin de Gueriviere prestó su único hijo. Espero que salga en bien el plan de mi señor, y que la Comision se dé de narices contra el canton de la esquina.

Mientras esto pasaba en un barrio de París, la carreta, con los efectos de Simon, siguiendo otro rumbo hizo alto delante de la casita del resguardo en la puerta Macon. Allí se hallaba una mujer en traje limpio de lavandera de la aldea de Vannes, que era entonces, como ahora, la residencia de las de ese oficio.

—Vamos, gritó ella ayudando á bajar á la esposa del zapatero. Al fin han resollado. Hace dos horas que espero. Se me citó para las once y ya es como la una. ¿Qué dirán mi marido y mi niño cuando me vean volver tan tarde?

—Perdonad, contestó Juana María con bondad. Venimos despacio porque todo estaba suelto en la carreta y temiamos una avería. Esta vez hay mas ropa sucia que otras; todo está en la canasta. Sin mas contar ni apuntar podeis llevárosla en vuestro carreton. Ea, Simon, y tú, mozo, tomen esta canasta y pónganla en el carreton de la lavandera que aguarda á la puerta de la muralla.

En él habia otros lios de ropa sucia. Varios curiosos habia por allí y observaron con mas ó ménos atencion la llegada de la carreta, el traspaso de la canasta al carreton de la lavandera; pero en toda apariencia no sospecharon nada, y, por una parte, el empleo del amo, respetable en aquellos lugares, por otra, el aire de seriedad que adoptó Juana María, impusieron respeto y silencio á chicos y grandes.

La fingida lavandera, no bien montó en su carreton, alzó la tapa de la canasta y removió parte de la de encima, como para arreglar las piezas, y que no se salieran.

—Sire, dijo en voz muy baja, me oye V. A.?

—Sí, contestó una voz débil y apagada en la canasta.

—¿Podrá resistir V. A. un poco mas ahí?

—Podré; pero daos prisa á ponerme en salvo.

Con esto la lavandera pegó un zurriagazo al caballo, el cual partió á un trote vivo, en direccion de los suburbios de la ciudad. Dos hombres le veian partir y le siguieron con la vista hasta que desapareció en una nube de polvo: uno de ellos era Simon, otro Toulan.

A este último, cuando no vió mas el carreton en lontananza, se le iluminó el semblante, y levantando los ojos al cielo, se estuvo breve rato en ademan de orar ó de dar gracias á Dios

por el buen éxito del plan de fuga del príncipe, al ménos hasta su salida del Temple y de la revolucionaria París.

—Ahora bien, Toulan, le dijo el nuevo guardado en secreto. He cumplido mi palabra...

—Cierto, contestó él, á mí me toca ahora cumplir la mia. Entremos en casa y os pagaré.

Entraron, y así que Juana María arregló á la carrera y lo mejor que se pudo sus muebles en la nueva morada, para lo cual empleó á su marido, á Toulan, á un empleado del resguardo y á uno de los curiosos, el segundo se encerró con el primero y le puso en la mano los veinte mil francos en diferentes clases de moneda.

—Pero no habrá quien cante? preguntó Simon contando el dinero pieza á pieza.

—No hay que temer, contestó Toulan. Traicionar al ciudadano Simon equivaldria á traicionarla causa en que estamos afiliados y entregar al jóven rey en manos de sus crueles enemigos. Nadie, excepto yo, sabe que el ciudadano Simon me ha ayudado á salvarle de propia voluntad. Los demas creen que le he engañado, así, tranquilícese que Toulan es tan callado como el sepulcro en ese respecto.

Sin mas, se separaron. Simon vió alejarse á su amigo con expresion siniestra y dijo entre sí:

—Es preciso; de otro modo no tendré descanso ni tranquilidad de día ni de noche. Habré salido del Temple para entrar en otro infierno. Toulan solo sabe tu secreto. ¡Qué lindo! Pero si Toulan muere, con él muere el secreto, está claro: los muertos no hablan. Sí, es preciso, ó caeré en el mismo pozo que he ayudado á cavar. Primero yo, y siempre yo. Al avío, no sea que me gane por la mano.

Antes de perderle de vista, sin embargo, le llamó á voces, para darle, segun le dijo, los rizos que le habian cortado al príncipe y que Juana María se habia traído del Temple por distraccion. Pero buscados, no se encontraron y Toulan quedó en volver por ellos al día siguiente á las nueve.

Todo el día se lo pasó Simon muy pensativo, pues no obstante que sus manos se ocupaban en arreglar los muebles, sus pensamientos se hallaban en otra parte. Por la tarde dijo á su mujer que tenia que ir al Temple, pues habia dejado olvidada una caja con algunos utensilios.

—Se me figura que sientes haber salido de la cárcel, le dijo Juana María sonriendo. Estás triste y pensativo.

—No puedo negar, contestó Simon distraído, que ya me habia aquerenciado en el Temple. Por eso vuelvo allá.

Pero al salir, en vez de dirigirse á la prision de los reyes de Francia, corrió á la casa del Ayuntamiento de la ciudad y tocó la campanilla con tal violencia, que el portero, azorado, vino á abrir sin pérdida de tiempo.

—¿Sois vos, ciudadano? dijo. Creía que habia sucedido algo.

—Pues algo ha sucedido, replicó Simon impaciente. Vengo á dar un parte á la Comision de salvacion pública. ¿Se ha reunido?

—Sí, en la sala pequeña. A la puerta llamará el ciudadano un ujier: él le anunciará.

Este, en efecto, preguntó á Simon qué obje-

to le traía, y sabido, abrió la puerta y dijo en alta voz hácia adentro:

—El ciudadano Simon, con noticias de grave importancia para el Estado.

Los miembros todos de la Convencion conocian mas ó ménos al antiguo carcelero del Temple, conocian su celo y lealtad republicanos, y aunque con grave porte, lo recibieron civil y amablemente.

—He venido, comenzó él á decir despacio y con cierto temblor, para acusar ante este sublime Cuerpo á un individuo que conspira contra la república y amenaza poner en peligro la libertad....

—¿Quién es? qué ha hecho? preguntó el presidente sonriendo.

—¿Qué ha hecho? Mucho. Trata nada ménos que de sacar del Temple el lobezno. Tal vez ya lo ha conseguido, porque cuando yo salí no habia llegado todavia mi sucesor y el pequeño Capeto se quedó solo. ¿Quién es ese capaz de librar al chico y á las dos mujeres? Toulan, el traidor, el realista Toulan.

—Toulan! repitió Petion. Le conocemos, es capaz de todo. Ya fué preso una vez y con la fuga escapó al castigo que tenia merecido. Sin duda que ha ido á Coblenza á reunirse con los otros traidores, hermanos del tirano. La policia está vigilante, y no ha descubierto todavia dónde se oculta.

—Pues yo voy á poner la policia en la pista, repuso Simon riendo. Tened la bondad, ciudadanos, de despachar á mi casa mañana dos guardia civiles y les entregaré al traidor Toulan.

CAPITULO XXVIII.

MUERTE DE TOULAN.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Toulan, en traje de mozo de cordel, se acercó á casa del nuevo guarda en la puerta Macon, quien le recibió á la entrada contento y le condujo á la sala.

—Soy, como veis, puntual; dijo Toulan. Espero que sereis tan puntual en darme lo prometido.

—Siento no poder en este momento. Mi esposa tiene el paquetero y ella ha salido. Esperad, sin embargo, si estais ansioso de poseer esa prenda.

—Esperaré hasta mañana si es preciso. Los rizos de mi jóven rey valen un tesoro para mí....

—Vamos, ciudadano, le interrumpió Simon, exagerais. ¿Va que estimais en mas la botellita dorada que os regaló la Austriaca? La conservais aun?

—No se aparta de mí, contestó el entusiasta realista. Mas bien que perder tan cara prenda de Maria Antonieta, preferiria perder la vida.

—Veremos si eso es verdad, dijo Simon riendo á tiempo que abria la puerta. Entraron dos comisarios seguidos de hombres armados, y él añadió: ¿Habeis oido todo?

—Todo, contestaron ellos; ciudadano Toulan, agregaron hablando con este último, daos preso. Ea, ciudadanos soldados, aseguradle bien y á la Conserjeria con él. Las autoridades decidirán en breve de su suerte.

—Está bien, contestó el jóven con serenidad.